

El planetario ¿Ciencia o ficción?

MANUEL ROCA

En este año 2003, el Planetario del Parque de las Ciencias de Granada recibirá a su visitante 1.000.000. Dejando a un lado la frialdad de las cifras, me gustaría hacer una breve reflexión que sirva para poner rostro a esos números y para hacer memoria de algunas de las actividades realizadas durante estos años. También, por qué no, para recordar alguna anécdota divertida.

He sido testigo de momentos muy emocionantes. Recuerdo el día en que ayudé a desembarcar aquella máquina con aspecto y nombre de robot futurista, *Skymaster ZKP3*. Su laboriosa y compleja instalación. Su despegue, con un programa elaborado en el Parque de las Ciencias. Y la ilusión de su puesta de largo en cada una de las inauguraciones posteriores.

A punto de cumplir ocho años, los cientos de proyectores que recrean este sueño han proporcionado miles de noches cuajadas de estrellas. Nos han llevado al mismísimo Polo Norte para ver el espectáculo de una noche interminable. Han hecho posible recrear el Sol de media noche, evitándonos el largo viaje hasta el círculo polar ártico en verano. Nos han trasladado a miles de millones de kilómetros de distancia para ver a nuestro Sistema Solar en un espectáculo de danza difícil de imaginar, algo que nunca nadie ha podido ver en la realidad. Han hecho las delicias de los más pequeños, con el viaje del ratón Ulises a la Luna. Nos han permitido ver el Universo a los ojos de un poeta y hojear el álbum de fotos familiar de nuestro Sistema Solar, recorriendo los rincones más interesantes.

Todo ello con unos guiones y unas imágenes pensadas para quien nunca ha mirado al cielo, evitando acudir a lecciones magistrales, ecuaciones o cálculos complicados. Con la sencillez y el rigor con que se desvela la ciencia en el resto del Museo y, como siempre, con la complicidad de quien lo visita.

Y no sólo de astronomía se ha llenado en estos años el planetario. Los conciertos y los recitales de poesía han encontrado en él un marco incomparable. Sin duda son una buena muestra de la permanente apuesta de este centro por la

cultura, sin hacer distinción entre cultura de ciencias o cultura de letras.

Pero al final, lo que realmente hace mágico al planetario no son las máquinas, sino las personas que miran al cielo con asombro, respeto y también con admiración. Que, en definitiva, no es otra cosa que lo que ha venido haciendo la humanidad desde sus orígenes y que nuestro ritmo de vida y la contaminación lumínica nos ha hecho olvidar.

Es difícil explicar la sensación que produce observar esa mirada, mezcla de sorpresa, asombro y reflexión, con la que muchos visitantes abandonan el planetario. Algunos, tímidamente, se acercan a la mesa de control a dar las gracias. Otros salen absortos en sus pensamientos. Se me han acercado niños llenos de ilusión a preguntar qué hay que hacer para ser astrónomo. También he visto llorar a grandes y a pequeños. Para el asombro no hay edades. Lo cierto es que poca gente sale indiferente. Recuerdo que un año, durante la jornada de puertas abiertas con que se celebra el aniversario, alguien olvidó sus muletas en el planetario. Sin duda ha sido el caso más llamativo entre los que se han maravillado contemplando este cielo.

Sin embargo, todo esto no debería hacernos olvidar que esta máquina casi perfecta es un reflejo de la realidad. Nos muestra en pocos minutos lo que todos podemos disfrutar cada día a lo largo de nuestras vidas. Sería estupendo que recuperáramos esa costumbre que tenían nuestros antepasados de mirar al cielo, sobre todo en los tiempos que nos han tocado vivir. Es bueno que recordemos que todos estamos subidos en la misma nave viajando a gran velocidad por el espacio, en un rincón del Cosmos. Nuestra casa, la Tierra, es menos que una gota de agua perdida en la inmensidad del océano. Como también lo era para quienes nos precedieron. Lo que nos diferencia de ellos es que hoy más que nunca la visión que la ciencia nos proporciona de la realidad está al alcance de todo aquel que quiera conocerla.

Los planetarios son un magnífico foro para dar a conocer la ciencia y fomentar el pensa-



(Parque de las Ciencias de Granada)

miento crítico. Un buen programa de planetario debe resolver dudas y plantear nuevos interrogantes. Logrando que el visitante salga con la satisfacción de haber entendido aquello que durante años no era capaz de ver y con el deseo de resolver nuevas dudas planteadas al mirar al cielo con ojos de científico.

Otra labor muy importante es aclarar qué hay de cierto (nada) y de falso (todo) en la astrología actual. Los argumentos de los astrólogos no resistirían una sesión de planetario porque bajo su cúpula se hace muy cierto el dicho de que viajar enriquece y durante unos minutos podemos ver nuestra realidad cotidiana desde otra perspectiva. Sin duda es la mejor forma de poner a cada uno en su sitio y separar la astronomía (ciencia) de la astrología (ficción).

A veces es difícil evitar la tentación de recurrir a imágenes y a efectos espectaculares, que consi- guen un gran resultado en el momento pero no acompañan al visitante cuando sale por la puerta

y vuelve a sus quehaceres habituales. Es imprescindible que cada programa vaya dejando un poso que ayude a interpretar nuestra realidad sin supersticiones ni miedos absurdos. Sin duda, el fomento de la aplicación del método científico y del pensamiento crítico es uno de los mejores legados que podemos dejar los que nos dedicamos a la divulgación científica.

Con el deseo de que la labor que hacen los planetarios de acercar la Ciencia a todos los sectores de la sociedad siga dando sus buenos frutos, me atrevo a animar a todas aquellas personas que aún no los conocen a que visiten el más cercano y pasen una noche bajo su cielo estrellado. ■

(Basado en un artículo publicado en el diario *Ídeal de Granada*, el 24 de abril de 2003)